

Hemos podido seguir hasta aquí la trayectoria de la obra de Braulio Salazar durante un periplo que abarca cinco décadas de trabajo. Es una trayectoria sin sobresaltos, sin rupturas, y cuyos cambios estilísticos se dan dentro de la coherencia de una evolución cumplida paso a paso a través de la periodización que hemos propuesto. El desarrollo de esta obra no difiere en lo esencial del proceso que siguió la pintura venezolana en la fase postimpresionista, tal como se aprecia en los artistas nacionales que surgieron a fines de la década del 30. Hay en su obra elementos comunes con la escuela realista que emergió de 1936 en adelante, pero también muestra inequívoco entronque con las tendencias que privilegiaban el color puro y el airelibrismo derivados del impresionismo a través del puente representado por la escuela de Caracas. Pero, tal como lo hemos venido sugiriendo, la formación de Braulio fue más ecléctica que la de cualquier pintor de su generación y las conclusiones a que llegó por su cuenta robustecieron su posición independiente, lejos de arrastrarlo a banderías y dogmatismos, que copan la escena del arte venezolano en la década del 50 al 60. El hecho de haberse familiarizado con el realismo mexicano no hizo más que profundizar en él la tendencia figurativa que desde un comienzo de su carrera, antes de ir a México, lo había alejado del paisaje en favor de una relación armónica entre naturaleza y hombre; ello contribuyó a acentuar en sus temas el carácter simbólico que iba a privar en las representaciones de la figura humana del período social, a lo largo de los 50.

Después de 1960 renunció al color homogéneo empleado como relleno del volumen dibujado, optando por el color dividido y de rica impastación. Fue esta última la orientación que iba a seguir su obra hasta hoy. Porque, como hemos dicho, aparecieron otras interferencias; por ejemplo, la que procede de la pintura europea y, concretamente del cubismo y el postcubismo, estilos que Braulio había comenzado a estudiar en México, en 1947, y luego en París en 1948. Estas influencias combinadas, si vale decir, preparan el cambio de dirección que su obra experimenta a partir de 1960, y el cual pudo haber sido estimulado también por las vanguardias, a la vista de la

importante Exposición Internacional del Cuatricentenario de Valencia, en la que Braulio había intervenido. No fue tampoco un cambio de dirección respecto a la tendencia general de su obra, pues el color y la ejecución gestual estuvieron presentes en ella en etapas anteriores, sino respecto a la concepción racionalista del realismo social, del cual sólo se aparta técnicamente, adoptando ahora una manera impulsiva, y divisionista del colorido, y no en cuanto a las temáticas elegidas. Y que aun trata la figura humana, ya no insertándola en un marco simbólico, simbólico como en **El constructor de sueños** (Colección Ateneo de Valencia), o en un marco sencillamente realista, como en **Aguadoras de Bejuma** (Colección Rosa Matilde Salazar de Villanueva), sino en un campo cromático de valor autónomo, que recrea el espacio natural, en la tradición impresionista. Mientras el paisaje puro que cultiva insistentemente desde 1965 deviene más y más abierto, variado y elocuente de una monumentalidad acorde con los formatos heroicos y con la técnica de pinceladas rápidas y seguidas, donde la luz es consustancial al cuerpo de la pintura, se encuentra por otro lado una tendencia a idealizar la figura femenina y a sintetizarla en un tipo general de rara belleza, que personaliza su sentimiento y pasa a ocupar rol protagónico en la atmósfera de un paisaje melancólico, igualmente de valor simbólico. Su obra desemboca entonces en una primigenia visión campestre, que exalta lo telúrico o deviene correspondencia de seres sencillos con la naturaleza virginal.

Pero en algunos momentos su paisaje está asociado a una técnica gestualista, de cruda y enérgica pastosidad en el trazo de espátula, con la cual los datos de la percepción real son excarbados hasta un grado de abstracción textural parecido al que hallamos en la corriente de pintura informalista que floreció en la década del 60. Para el pintor, se trata de paisaje abstractos, no de obras abstractas.

Braulio, por último, puede ser definido como un artista atento a los cambios de la pintura pero que, en lo esencial de su búsqueda plástica, no ha cambiado en sí mismo. Su obra, vista desde la perspectiva de medio siglo, resulta así

un todo orgánico en el que las partes son las diversas etapas que se suceden diacrónicamente desde un período autodidacta inicial hasta la síntesis simbólica de los últimos años. Toda la obra de Braulio Salazar puede verse como un intento de definirse a sí mismo, todo en ella tiende a hacer prevalecer la conciencia sobre la disgregación del tiempo, mediante una reunificación del ser por la cual el presente se instala en la memoria y le comunica su fulgor. Memoria de sí y de lo efímero, del instante y de la vida, de cuyo tránsito sólo permanece en la obra la nostalgia que permite reconstituir una imagen perennemente bella, perennemente real, pero irrecuperable.